

CAPITULO XV.

Un deber de conciencia.

En los momentos en que D. Manuel se hallaba en casa de Leopoldo haciéndole saber la resolución de D. Emilio en unirle con la hermosa Clotilde, la desgraciada Elisa, rodeada de sus tiernas hijas y vestida de rigoroso luto, yace en su humilde habitación, afligida y sin consuelo.

Desde la horrible muerte de su esposo, no se la vé salir á ninguna parte, y parece que su alma no encuentra mas consuelo que orar por él á todas horas.

Julia y Teresita que han crecido notablemente, y que se ven cada dia adornadas de nuevas gracias y virtudes, se encuentran á

su lado, uniendo sus tiernas súplicas á las de aquella amorosa mujer que no olvidaba un solo instante al hombre que tanto la habia hecho sufrir y padecer.

La muerte del desgraciado Diego habia sido un golpe terrible para ella, que nunca perdió la esperanza de verle recobrar la salud y volver á ser lo que fuera en la época feliz en que se unió á él, creyendo encontrar en el mundo las delicias de la gloria.

Pero á sus esperanzas, desvanecidas por el fin trágico de su vida, agregaba en aquel momento Elisa otro sentimiento: la convicción de que iba á perder á la hermosa Clotilde, que se habia constituido en su protectora.

Acababa de saber por el honrado Pablo, que se hallaba á las puertas del sepulcro, y esto la tenia inconsolable.

Teresita, que estaba conmovida de ver el abatimiento de su amorosa madre, y que acariciaba una de sus manos entre las tiernas suyas, no pudiendo resistir por mas tiempo al sentimiento filial que le embargaba, exclamó con sentido y cariñoso acento.

—Modera tu dolor, querida mamá: muy sensible debe serte, en efecto, el estado de peligro en que se encuentra la salud de nuestra bienhechora Clotilde; pero ¿quién dice que no podrá aliviarse?

—¡Aliviarse! ¿No has oído lo que ha dicho el honrado Pablo?

—Sí; que según ha podido saber por boca de Nuñez, será el salvarla un milagro.

—Pero ¿no puede hacer Dios es milagro?

—Sí, que lo puede hacer, hija mía.

—Y lo hará. El que cuida de los más insignificantes reptiles, no querrá privarte del apoyo de la señorita Clotilde, que ha sido hasta ahora la que ha cuidado de nuestra subsistencia y de nuestro bienestar.

—No, Teresita: nosotros no nos podemos quejar ciertamente de la misericordia del Eterno. Pablo, ese honrado labrador que salvó un día la vida de vuestro desgraciado padre, nos colma constantemente de favores, y mil veces nos ha suplicado vayamos á vivir á su hacienda de Texcoco, donde nada nos faltaría.

—Pero tú—dijo Julita—no has querido

que vayamos, porque dices que allí no podríamos recibir la esmerada educación que te has propuesto darnos.

—Es cierto, hijas mías. En el campo podríamos vivir tranquilas, sin necesidades, pero no podría proporcionar á vuestra inteligencia todos los conocimientos que constituyen la riqueza del alma.

—Nuestra excelente preceptora Amalia, dice que dentro de muy poco habremos acabado nuestra educación.

—¡Ah! sí; gracias á esa generosa mujer, tengo en vosotras dos ángeles que me consuelan en mis penas.

—¿De veras?

—¡Oh! sí

—Pues bien, no estés afligida: tén confianza como nosotras, y verás como Dios vela por la salud de Clotilde.

—Nunca le dejo de rogar por ella.

—¿Y no has visto á la desgraciada madre que le dió la vida, y que según nos dijiste, se vió precisada á dejarla en poder de seres extraños?

—Sí; la he visto.

—¿Y sabe el estado de gravedad que guarda su salud?

—Lo sabe.

—¡Infeliz!

—Sí, es muy desgraciada.

—Pero tú nos has dicho que la verdadera causa de la enfermedad de Clotilde proviene del empeño que D. Emilio tiene en unirla á un hombre que aborrece, y en separarla del jóven que ama ardientemente.

—No reconoce otro origen su enfermedad.

—¿Y no crees tú que D. Emilio, que ama á Clotilde como á una hija, desistiese de su empeño, si supiera que con eso salvaba la vida de su protegida?

—Eso lo conoce él sin duda; pero el deseo de cumplir con una palabra empeñada, le obliga á no cejar de su intento.

—Pero ese empeño es un ridículo capricho, que puede causar la muerte de una jóven recomendable y pura.

Elisa quedó en actitud meditabunda.

Las palabras de sus tiernas hijas le habían hecho acariciar un pensamiento que

ya en otra época había resuelto poner en planta, y que desechó al ver aliviada á Clotilde.

Pero en los instantes en que nos encuentra nuestra historia, la jóven estaba desahuciada, y solo veía un remedio de salvarla: hacer que D. Emilio desistiese del empeño de unirla á Duval, y enlazarla con Leopoldo.

Elisa ignoraba que esta resolución la había tomado ya el señor Landeta.

Animada con este pensamiento, y juzgando como un deber de conciencia el poner todos los medios para salvar á la jóven á quien era deudora de singulares favores, exclamó para sí:

—Es preciso ya: D. Emilio persiste en unirla á Duval, porque juzga sagrado el cumplimiento de su palabra; pero cuando sepa que esa jóven es.... Sin embargo, si llegase á oídos de la hermosa Inés que yo he ido á descubrir... ¡Y qué importa? Pero no: yo entraré cuando la bella protectora se encuentre al lado de la enferma, y pueda ver á D. Emilio á solas. Mi revelación va á sorprenderle.... pero es preciso....

lo exige así la vida de la mas pura de las jóvenes.

Y Elisa, dominada por el pensamiento que habia concebido, y resuelta á llevarla á feliz término, se dirijó á su cuarto, se arregló su hermosa y luenga cabellera, se cubrió con un pañolon de merino negro, y se dispuso á salir.

—¡Te vas, mamá?

Le preguntaron Teresita y Julia.

—Sí, hijas mias: voy á cumplir con un deber de conciencia.

—¡Cuál?

—Voy á saber por mí misma el estado que guarda la salud de vuestra protectora Clotilde.

—¡Ah! sí: haces muy bien, madre mia. Vé á visitarla: háblale de nosotras: dila que nunca la olvidamos, y que á todas horas rogamos á Dios por su salud.

—Sí, se lo diré así, hijas mias, y ella os lo agradecerá mucho. Adios hijas mias, adios.

—Que no tardes mucho, mamá.

—No, no: ya sabeis que no puedo estar sin vosotras.

—Ni nosotras sin tí.

—Bien, bien: adios.

Y Elisa, imprimiendo un beso en la frente de aquellos dos ángeles, salió á la calle, con direccion á la casa de D. Emilio, resuelta á revelar le el misterio del nacimiento de Clotilde, mientras las dos tiernas criaturas, dominadas de un sentimiento religioso, se pusieron de rodillas delante de una imágen de la Santísima Virgen, á rogar por la salud de la jóven desauiciada.